



En abril de este año, Eric Adams, alcalde de Nueva York, lanzó la División de Calidad de Vida de la policía neoyorquina.



Hace ya más de una década, en Tokio implementaron lugares para fumadores tanto en lugares cerrados como en espacios al aire libre.

Experiencias en Estados Unidos, Europa y Asia

Fiscalización intensa, altas multas y valores compartidos: las fórmulas de otros países para una convivencia ordenada

EQUIPO DE CRÓNICA PARA EL FUTURO

En 2021, Anaís González (25) aterrizó en Seúl para estudiar. Una de las muchas cosas que llamaron la atención de la joven chilena en su nuevo entorno fue el respeto por el orden y la convivencia. Para usar las micrófonos o el metro, por ejemplo, veía a todos formarse en filas. Usualmente, nadie se saltaba su turno. ¿Lo que más le impresionó? “No es porque haya alguien regulando esto, sino que está como interiorizado en la sociedad”, señala.

La sorpresa no terminó allí: al interior del transporte público, rara vez oía a personas hablar en un volumen más alto o conversar por teléfono. Cansados por sus extensas jornadas, muchos tomaban los trayectos como un momento de descanso. La universitaria se encontró con un estilo de vida muy distinto: verdaderas despejadas —sin vendedores ambulantes—, espacios públicos limpios y un estricto sistema de reciclaje, con diversas categorías. Este último lo adoptó como costumbre con el tiempo; si no lo hacía, en todo caso, se exponía a una multa cercana a los 100 mil wones (unos \$70 mil).

Si bien existe fiscalización y abundan las cámaras de seguridad, González cree que influye de modo más determinante “una mezcla muy potente entre la educación familiar, formación escolar, cultura tradicional y presión social”. Tras todo ello, ve ideas profundamente arraigadas: el respeto a otros, la armonía en la convivencia, la responsabilidad moral. Todas similares a los valores que promueve el confucianismo, filosofía clave en la historia cultural coreana.

Todo eso se plasma desde muy temprano: en las escuelas, los alumnos limpian sus propias salas y, muchas veces, también pasillos o baños. En restaurantes, no es raro que cada uno despeje su mesa después de comer. “No es algo obligatorio, pero sí culturalmente espera-

Exhaustivos métodos de reciclaje, horarios que regulan los decibeles permitidos y un fuerte cuidado de los espacios públicos son parte de la cotidianidad en países y ciudades que, por tradición o regulación, han priorizado el cuidado de la vida en común.

do (...). También está ligado a esta idea de ser respetuoso, no incomodar y no dejar problemas al resto”, comenta la universitaria.

Otros países asiáticos, como Japón, tienen costumbres similares: se cuida el silencio, se enseña a los niños desde pequeños a asumir tareas de limpieza; y fumar, por ejemplo, es una actividad restringida a espacios muy específicos.

En el Sudeste Asiático, en tanto, el caso de Singapur y sus estrictas normas incluso ha dado para que *souvenirs* en tiendas de turistas enumeren conductas prohibidas. Esta identidad de país ordenado comenzó a forjarse en 1968, cuando el entonces primer ministro Lee Kuan Yew lanzó la campaña “Mantengamos a Singapur limpia”, motivado por la idea de transformar el orden y la limpieza en una evidencia del éxito que tenían. Un ingrediente crucial en la estrategia eran las multas. ¿Cuán duras? Por tirar basura en la calle, el castigo puede ir desde cientos a miles de dólares. Comer chicle también se volvió foco de duras sanciones, inspiradas en el afán de erradicar la suciedad que se producía por sus restos en las calles.

No todo funcionaba por el temor a las multas, de todos modos. También se aplican castigos de trabajo comunitario, precisamente enfocados en tareas como la limpieza.

La mano dura que se propuso ordenar NY

Fue en los años 80 cuando teóricos sociales plantearon que un ambiente de descuido, desorden y transgresión favorecía el delito. Y esta perspectiva, conocida como la teoría de las “ventanas rotas”, fue

la misma que se plasmó en el enfoque que en los 90 aplicó el alcalde neoyorquino Rudy Giuliani, quien a punta de rigurosas fiscalizaciones pretendió erradicar una serie de incivildades.

La estrategia, conocida como “tolerancia cero”, alentaba a la policía a actuar con mano dura ante conductas que afectaban la convivencia y el uso de espacios públicos: la basura tirada, los rayados y la imprudencia, viniera de automovilistas o peatones, se convirtieron en focos de acción. Los limpiadores de vidrios, que interceptaban a los autos en las calles neoyorquinas para exigirles dinero, se transformaron en una fijación para el alcalde, convencido de que eran un símbolo del desatado a la ley y el orden.

Las cifras de crímenes en Nueva York cayeron. El energético despliegue de Giuliani tuvo seguidores, pero también detractores: se le cuestionó, por ejemplo, que este enfoque podría fomentar la discriminación contra grupos vulnerables.

Los años pasaron y, con el tiempo, las reglas cambiaron. Hace casi una década, la ciudad aprobó sanciones más proporcionales para faltas menores, manteniendo en el ámbito civil casos que, de otro modo, podrían haber llegado a la corte criminal. Algunas de las infracciones incluídas: orinar en la calle, ruidos molestos y tirar basura. Las cosas volvían a flexibilizarse.

Pero, como en tantos otros temas, un nuevo giro hizo resurgir debates del pasado. En abril de este año el alcalde de Nueva York, Eric Adams, lanzó la División de Calidad de Vida de la policía neoyorquina, que combina roles ya existentes como la coordinación en barrios o la seguridad vial, para res-

ponder a problemas que afecten la cotidianidad de las comunidades, como los ruidos, vehículos abandonados o venta ambulante. Las comparaciones con el estilo Giuliani fueron inmediatas.

Jessica Tisch, comisionada de policía, aseguró en el lanzamiento de este plan que el objetivo era completamente distinto: en 2025 el resguardo de la calidad de vida ya no se trataba de prevenir crímenes más serios, sino que de responder a

“(Hay) una mezcla muy potente entre la educación familiar, formación escolar, cultura tradicional y presión social”, reflexiona Anaís González, chilena que vivió en Seúl, sobre la conciencia cívica en Corea.

las quejas que las personas tienen en el día a día.

“La gran mayoría de los neoyorquinos nunca han sido víctimas de un crimen. De hecho, la mayoría ni siquiera ha presenciado uno, pero muchos han tenido dificultades para estacionarse porque vehículos abandonados ocupan el espacio en el barrio, o han tenido que saltar para esquivar una *e-bike* en la vereda o han evitado caminar por un parque con sus niños porque hay personas usando drogas”, dijo la autoridad policial.

Silencio, por favor

Tanpreciado es el silencio en al-

gunos países, que incluso hay vagones especiales en los trenes para quienes prefieren un viaje tranquilo. “Ruhebereich” es el nombre que reciben estos carros en Alemania, uno de los países con regulaciones más detalladas para evitar los ruidos molestos.

Según la legislación alemana, las infracciones por bullicios que no estén justificados, sean desmedidos o causen molestias considerables a otros pueden ser sancionadas con multas de hasta cinco mil euros, si no es posible llegar a otros arreglos.

Al igual que en otros países europeos, como Suiza, Alemania tiene horarios silenciosos durante las noches, los fines de semana o feriados —pueden variar según la zona del país, pero habitualmente desde las 22:00 horas—, en que los decibeles están limitados. Si un vecino no lo cumple, la puerta a golpear es la de la Oficina de Orden Público u “Ordnungsamt”, una fuerza policial específica para atender delitos menores o faltas como ruidos estridentes en horas indebidas, vehículos mal estacionados o incluso ladridos demasiado persistentes de un perro.

No es el único ámbito de la vida comunitaria alemana que está estrictamente regulado. El reciclaje también tiene indicaciones precisas, por ejemplo, para separar las botellas de vidrio transparentes de las oscuras.

Lucas de ciertos dichos comunes en Alemania apuntan a raíces culturales profundamente arraigadas. Expresiones como “debe haber orden”, considerada un cliché alemán, así lo muestran. Algunos expertos lo vinculan a una suerte de valor prusiano, tal como el cumplir con las obligaciones, la honestidad o el trabajo duro.